



1. *Estandarte con imagen de la Virgen de Guadalupe.*

Entrada Libre

Historia de los aniversarios: tiempo, número y signo*

E. H. Gombrich

*Si de Natura el hilo inextinguible,
penosamente se devana en la rueca,
si de sonidos opuestos e inmiscibles,
dispar resurge la resonancia hueca,
¿quién a los ritmos la melodía concede,
marcado pulso de agitación o calma?
¿Quién a ordenar la música procede,
una y espléndida, ceremonia del alma? [...]
El poder del hombre, revelado por los poetas.*

Goethe¹

El título en alemán que escogí para la versión original de este artículo fue *Zeit, Zahl und Zeichen* (“Tiempo, número y signo”).² Esta forma aliterativa seguía el ejemplo de Nelson Goodman, otro ponente de la conferencia, que llamó a su exposición *Words, Worlds and Works* (“Palabras, mundos y obras”), en un juego

* Tomado de Kristen Lippincott (comp.), *El tiempo a través del tiempo*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 2000.

¹ Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto* (Parte I: “Prólogo en el teatro”), Madrid, Espasa-Calpe, 2009.

² La versión original de este artículo vio la luz en 1974 como parte de las celebraciones del centenario del nacimiento de Ernst Cassirer. Posteriormente se publicó en un volumen de ensayos en honor de Dieter Henrich, como agradecimiento por haber presentado el artículo original en mi nombre en el centenario de Cassirer, y de haberme propuesto para el premio Hegel de la ciudad de Stuttgart. Véase “*Zeit, Zahl und Zeichen. Zur Geschichte des Gedenktages*”, en *Philosophie in Synthetischer Absicht*, ed. M. Stamm, Stuttgart, 1998, pp. 583-597.

Nuestro sistema de recuento no es una excepción. Se deriva simplemente del hecho de que tenemos diez dedos en las manos, que usamos para contar por su comodidad.

eufónico que quise emular. Si hubiera escrito el artículo originalmente en inglés, lo habría titulado *Nature, Norms and Numbers* (“Naturaleza, normas y números”).

Claro está que este simple artificio verbal no me permite reivindicarme como poeta. Pero comparte con la poesía la virtud de haber sido creado a partir de *donnés* de lenguaje, es decir, de un sistema vigente de signos. En un empeño semejante, el signo afecta por sí mismo al significado, o al pensamiento que se quiere transmitir, de modo que, como suele suceder, el lenguaje no sólo refleja un pensamiento original, sino que también estimula otros nuevos. Difícilmente podría, pues, negar que el título aliterativo que con tanto esfuerzo arranqué del alemán, no haya influido en mis planes e intenciones. Este título me sugirió la idea de no hablar en sentido genérico de la relación de Cassirer con el arte, para tomar como motivo principal la oportunidad que me brindaba el centenario de su nacimiento. Se traslucía, además, que este tema permitiría tender un puente con el arte. Para que, siguiendo a Jakob Burckhardt, las conmemoraciones festivas muestren la transición desde la vida al arte.

Si el motivo de la celebración fuera, digamos, el centenario del nacimiento de Ernst Cassirer, estaríamos midiendo el tiempo pasado según el número de años transcurridos, y asignaríamos a este número el valor “100”. Obviamente, los años individuales (las unidades que hemos contado) son hechos naturales, y su cantidad describe, asimismo, un suceso objetivo. Sin embargo, el signo y el sistema de símbolos que usamos para nuestra propia comprensión proceden de nuestro lenguaje y de nuestra cultura. Los griegos atribuían lo primero a la *physis*, o “naturaleza”, y lo segundo a la *thesis*, o “convención”. Sin una periodicidad natural o sin la aptitud humana de percibir la repetición en la naturaleza seríamos incapaces de comprender el paso del tiempo. La elección del periodo, ya sean latidos cardíacos, días, fases de la Luna o estaciones, depende de cada cultura, y no resulta menos convencional que la designación del número. Y por fundamental que pueda ser esta diferencia entre un suceso natural y la creación humana, no debemos exagerarla. Después de todo, las convenciones están también fuertemente arraigadas en los hechos naturales, en la naturaleza del hombre. Nuestro sistema de recuento no es una excepción. Se deriva simplemente del hecho de que tenemos diez dedos en las manos, que usamos para contar por su comodidad. Incluso el hecho de que 100 sea 10 veces 10 no es, en última instancia sino una consecuencia de la limitación de nuestras mentes. Una criatura con poder ilimitado de invención y capacidad absoluta de recordar probablemente prescindiría de este sistema.

Podría asignar un nombre o signo a todos y cada uno de los números de las series, hasta donde quisiera, y añadiría una cate-

goría conceptual para los números no contados. Para los seres humanos estas series numéricas asistemáticas y desestructuradas carecerían totalmente de utilidad, y no pasarían de constituir un lenguaje puramente nominalista en el que todo objeto individual tendría su propio sonido. Como humanos que somos, debemos manejar conceptos que agrupen cosas. Tenemos que ordenar los objetos y los números en conjuntos y subconjuntos. Para nosotros, el mundo sólo cobra sentido si intentamos aprehenderlo en un sistema jerárquico. La razón de que el número 100 resalte en las series numéricas es simplemente que se compone de 10 veces 10 unidades. En el sistema duodecimal, basado en el doce, el 144 tendría una significación psicológica y cultural equivalente.

Por tanto no debe sorprender que en las mentes de cada persona la distinción entre las unidades de duración de la naturaleza y las del sistema que hemos creado para nosotros mismos se haya difuminado. Por ejemplo, cuando hablamos de un “aniversario trascendental” no nos damos cuenta de que, en realidad, tal aniversario (es decir, el número de años transcurrido) no es “trascendental”, sino tan sólo es el signo convencional de un “número redondo” de nuestro sistema numérico. Todas las alharacas que envuelven la inminencia de la llegada del “milenio” sirven de ilustración para este mismo error. La categoría que aprendemos al asignar números parece no menos real que el ciclo natural del año. Ya pensemos en el motivo de la celebración o en su naturaleza en general, solemos incurrir en el error de confundir *physis* con *thesis*.

La experiencia del hombre sobre la naturaleza y los procesos orgánicos le lleva a esperar la recurrencia, e incluso a ver el tiempo como algo cíclico (algo especialmente acusado en las culturas primitivas y prehistóricas).³ En la trilogía *José y sus hermanos*, Thomas Mann describió esta concepción idealizada con gran perspicacia. En el capítulo titulado “Un viaje al infierno”, escribe:

Lo que nos preocupa no es el tiempo numérico, sino la abrogación del tiempo numérico en la alternancia mística de tradición y profecía, lo que significa que la frase “érase una vez” puede aplicarse tanto al pasado como al futuro y adquiere una carga de potencial actualidad. En ello arraiga la idea de la reencarnación.

En el “mito del eterno retorno” de Nietzsche puede encontrarse una versión extrema de esta misma idea, que también se expuso en los tiempos antiguos por los estoicos. Crisipo afir-

³ Véanse, por ejemplo, varios argumentos en Frank E. Manuel, *Shapes of Philosophical History*, Stanford, Stanford University Press, 1965.



mó: “Vendrán otro Sócrates y otro Platón, y tendrán los mismos amigos y conciudadanos, y esta segunda venida no será la única [...] sino que se repetirá por siempre y para siempre”.

“Por siempre y para siempre” significa, en este contexto, “incontables veces”. No podemos dejar de preguntarnos en qué medida la capacidad de contar (el concepto de una serie ilimitada de números) estuvo determinada por la invención de signos relevantes, y si tales signos y números no habrán modelado por sí solos la idea dominante de tiempo. Evidentemente, aun sin caer en el dogmatismo, parece posible que marcar un suceso de forma duradera, como un “signo”, permite también comparar entre sí los ciclos de la naturaleza y fijar su duración. En el primer caso estoy pensando, claro está, en la observación de los cuerpos celestes. Estas observaciones se sitúan entre las primeras conquistas de la cultura humana. Aquellas culturas nos legaron las diversas formas de calendario que aún acompañan nuestra existencia cotidiana, basados en observaciones de los astros que hacen posible contar el número de días transcurridos entre los solsticios o las fases de la Luna dentro de esos periodos. Armonizar estos ciclos naturales puede haber sido una labor compleja, pero desde entonces el tiempo quedó, por así decirlo, disciplinado y fijado también para el futuro. Sin este logro tan creativo no existiría el calendario y, evidentemente, tampoco los aniversarios en la sucesión de las fiestas de cada comunidad.⁴

No obstante, en su concepto no es lo mismo un aniversario que una conmemoración festiva. Muchas sociedades y religiones estipulan la celebración de días especiales para cada persona, como el primer aniversario de la muerte del padre (que desempeña un papel crucial en la vida japonesa), o incluso el aniversario de un crimen, para el que el código criminal austriaco prescribe la pena particular de “cama dura, pan y agua”. Aunque lo normal es que los aniversarios se estructuren de manera que la comunidad participe en el día conmemorativo y lo celebre con la persona. Y es en este punto donde parecen fundirse casi naturalmente las ideas de aniversario y celebración.

En términos fisiológicos, estas fiestas religiosas y otras semejantes están estrechamente asociadas con la visión cíclica del tiempo. El ritual prescrito y sus variantes artísticas persiguen estimular a los creyentes a experimentar nuevamente el suceso conmemorado y a ignorar el tiempo transcurrido entre tanto. Incluso nuestra idea de una progresión lineal de los años puede encajarse en esta concepción. En el Evangelio según san Lucas, Jesús dice en la última cena: “Haced esto en conmemoración mía”, una petición que, en la liturgia del sacrificio de la Misa,



⁴ Véanse los textos recogidos en *Festivals in World Religions*, eds. Alan Brown, Burnt Mill, Harlow, Essex, 1985.

pasa de conmemoración a repetición. En Shakespeare, el hecho en sí se asocia con una profecía de conmemoración festiva:

El que viva este día, y llegue a la vejez,
velará cada año por que sus próximos lo festejen,
y proclamará: “Mañana es San Crispín”,
y descubriendo sus brazos mostrará las cicatrices
y dirá: “Recibí estas heridas el día de San Crispín”.
Si los viejos olvidan, todo será olvidado,
pero si ellos recuerdan las hazañas
que aquel día acontecieron, entonces nuestros nombres
conocidos serán a través de sus labios...
y en brindis de sus copas recordados;
y aunque Crispín nunca regresará,
desde este día hasta el fin de los tiempos
será por siempre recordado.

Como sabemos, hoy seguimos conmemorando a Julio César, no con un día determinado, sino con todo un mes, ya que julio recibió de él su nombre. Esta decisión debiera ciertamente hacerlo inmortal.

Enrique V, Acto II, Escena III

En este caso parece bastante evidente que el aniversario se enraíza en el calendario. Más significativa, y siniestra, resulta aún la escena del tercer acto de *Julio César* inmediatamente después del asesinato, donde Bruto predice un futuro ritual festivo que, sin embargo, no llega a acontecer:

Postrémonos, romanos, postrémonos
y lavemos nuestras manos en la sangre de César hasta los
codos, y embadurnemos nuestras espadas:
caminemos después hasta la plaza del mercado,
y ondeando las armas sobre nuestras cabezas
todos juntos gritemos ¡Paz! y ¡Libertad!

CASIO: Postrémonos, y lavémonos. ¡Cuántas generaciones recordarán esta escena sublime y la representarán en estados todavía no nacidos, y en idiomas aún sin inventar!

Como sabemos, hoy seguimos conmemorando a Julio César, no con un día determinado, sino con todo un mes, ya que julio recibió de él su nombre. Esta decisión debiera ciertamente hacerlo inmortal.

La misma ansia de inmortalidad inspira la oda de Horacio donde proclama que “ni la innumerable sucesión de años ni el vuelo de los tiempos” podrían destruir su creación:

*Exegi monumentum aere perennius
regalique situ pyramidum altius*

En su nivel más básico, la gente siempre ha pensado según los ciclos anuales. Casi de forma inevitable, ello ha conducido a la creencia en una secuencia abierta de ciclos, de recurrencias y renovaciones que se encarnan en los mitos de numerosas civilizaciones avanzadas.

*quod non imber edax, non aquilo inpotens
possit diruere aut innumerabilis
annorum series et fuga temporum.
Non omnis moriar, multa que pars mei
vitabit Libitinam: usque ego postera
crescam laude recens, dum Capitolium
scarlaet cum tacita virgine pont fex.*

“He erigido un monumento más duradero que el bronce y más grandioso que las pirámides de los reyes, al que ni la ávida lluvia ni el viento impetuoso podrán destruir, ni tampoco la innumerable sucesión de años ni el vuelo de los tiempos. No todo en mí perecerá, una gran parte sobrevivirá a la muerte: nuevos brotes florecerán de mí en alabanzas mientras el Sacerdote y las Vestales asciendan a la colina del Capitolio.”)

El poeta chino Li Taipeh comparte esta creencia⁵ que, pese a las apariencias, no está en desacuerdo con la visión cíclica del tiempo. Los modelos lineal y cíclico no son tan incompatibles en la mente humana como pueda parecer desde un punto de vista puramente lógico.

En su nivel más básico, la gente siempre ha pensado según los ciclos anuales. Casi de forma inevitable, ello ha conducido a la creencia en una secuencia abierta de ciclos, de recurrencias y renovaciones que se encarnan en los mitos de numerosas civilizaciones avanzadas. La especulación más audaz sobre la duración de estas eras se encuentra en la India antigua, estrechamente vinculada al sistema decimal de numeración. La *mahayuga*, dividida en cuatro segmentos desiguales, dura 12 000 años, que completan un año divino. Trescientos sesenta años divinos configuran un ciclo cósmico, que tiene, por tanto, 4 320 000 años. Mil *mabayugas* constituyen un *kalpa*, equivalente a un día de la vida de Brahma. A su vez, la vida de Brahma dura cien años de estos días *kalpa*, después de lo cual se llega al fin y a un nuevo principio de la creación.⁶

En *Timeo*, Platón habla también sobre el “Gran Año”, periodo cósmico que concluirá cuando todos los planetas regresen a su posición original. Existe un pasaje en *La República* donde parece sugerirse que el “Gran Año” es igual a un ciclo de trecentos sesenta años. Esta idea reaparece en la cuarta Égloga de Virgilio, que durante la Edad Media se interpretó como una profecía sobre el nacimiento del Salvador:

⁵ Aparece una paráfrasis alemana del poema en H. Bethge, *Die Chinesische Flöte*, Leipzig, Insel, 1920, p. 39.

⁶ Tomado de Mircea Eliade, *Le Mythe de l'éternel retour*, París, 1949, pp. 169-171 (trad. cast., *El mito del eterno retorno*, Alianza, Madrid, 1994). Véase también R. Gombrich, *Ancient Indian Cosmologies*, eds. C. Blacker y M. Loewe, Londres, 1975, pp. 110-142.

*Ultima Cumaei venit iam carminis aetas:
magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.
Iam redit et virgo, redeunt Saturnia regna.*

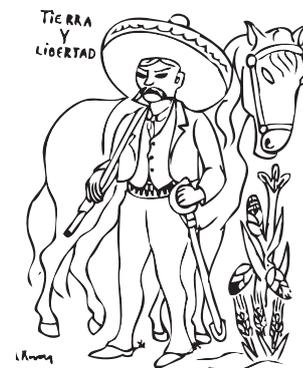
(“Hemos llegado a la última Era de la canción de la Sibila. Se ha concebido el Tiempo, y comienza de nuevo la gran Secuencia de las Edades. La Virgen regresa para morar entre nosotros, y el reino de Saturno ha sido restaurado.”)

En estos ejemplos, sin embargo, se trata probablemente de conocimientos y expectativas esotéricas que apenas influirían en las vidas de la gente corriente. Por otra parte, en la cultura del México antiguo parece haberse usado un ciclo mucho más corto que afecta a la vida de la comunidad. Los mexicanos manejaban el concepto de un “racimo” de 52 años, a cuyo término se extinguirían todos los fuegos. Los cruentos rituales de esta civilización insistían en que la nueva llama prendía en el pecho de un sacrificio humano, y desde allí se extendía a todo el territorio.

Con todo, fueron los ciclos dominantes de los antiguos judíos los que mayor impacto tuvieron en la cultura occidental. En el pasaje clave del Levítico, 25, dedicado a la regulación de las tareas del campo, se dice que el séptimo año debe ser de descanso para los campos, que han de quedar en barbecho. Después de siete ciclos de siete años (para un total de cuarenta y nueve), el Antiguo Testamento prescribe un año de fiestas que, por tanto, tenía lugar cada cincuenta años. En la versión del rey James, este hecho se expresa del modo siguiente:

And thou shalt number seven sabbaths of years unto thee, seven times seven years; and the space of the seven sabbaths of years shall be unto thee forty and nine years. Then shalt thou cause the trumpet of the jubile to sound on the tenth day of the seventh month, in the day of atonement shall ye make the trumpet sound throughout all your land. And ye shall hallow, the fiftieth year, and proclaim liberty throughout all the land unto all the inhabitants thereof: it shall be a jubile unto you; and ye shall return every man unto his possession, and ye shall return every man unto his family.

(“Y contarás siete shabats de años, siete veces siete años; y los siete shabats de años durarán cuarenta y nueve años. Entonces harás sonar la trompeta del júbilo el décimo día del séptimo mes, en el día de la expiación sonará la trompeta en toda la tierra. Y santificarás el año quincuagésimo, y proclama-



rás la libertad de toda la tierra ante todos sus habitantes: ello te llenará de júbilo; y devolverás a cada hombre sus posesiones, y cada hombre regresará con su familia.”)

Cabe preguntarse si alguna vez fue posible observar estas reglas al pie de la letra.⁷ Con independencia de su carácter práctico, parecen sin embargo haber mantenido su influjo en la era cristiana, dado el pensamiento que las sustenta. La confiada esperanza de que la vida regresará después de un largo intervalo, se inspira en la naturaleza y en el proceso de muerte y renacimiento de las plantas. Lo que no tiene un origen natural es, por supuesto, el número de años y de días que definen las reglas, y que en este caso procede del ciclo semanal.

Por sí misma, esta forma de medir el tiempo contradice la noción de ciclo, pero no sería ocioso especular sobre cómo y cuándo el recuento de los años cobró cuerpo como una convención cultural. Probablemente este hábito no nació del número de años que vive una persona, ya que aun hoy muchos miembros de culturas primitivas desconocen su edad. Asunto diferente es, por supuesto, el de las culturas que recuerdan las líneas de sus ancestros extendiéndose hacia un pasado distante y difuso, o la esperanza de descendientes hacia el futuro remoto, una esperanza que se nos concede en la Biblia y que supone una concepción lineal del tiempo.

En algunas de las civilizaciones más avanzadas, la comunidad maneja escalas históricas de tiempo mayores para abarcar la vida de los gobernantes y sus dinastías, en una práctica que acentúa también la sensación de distancia con el pasado. La lista de los reyes del antiguo Egipto incluía el número de años de cada reinado junto al nombre, mientras que, ya en el Egipto helenístico, Manetón numeró las dinastías, en una convención que aún pervive en la egiptología moderna. La idea de recurrir a un hecho aislado como punto fijo a partir del que se cuenta el paso de los años, para definir una “era”, tiene un origen más reciente. Ciertamente es que los budistas calculaban el número de años que separaban el nacimiento de Buda de su muerte, pero las distintas tradiciones locales utilizaban cifras diferentes. Existían incluso variaciones en el cómputo del tiempo desde la fundación de Roma, *ab urbe condita*, al igual que en las eras cristiana y judía.

Mientras que la concepción del tiempo y la duración de las épocas históricas mostraba variaciones, la celebración se señalaba mediante “días conmemorativos”, que podían consultarse *ad hoc* en el calendario público. Tal sucedería, probablemente,



⁷ Sobre prácticas posteriores, véase B. Z. Wacholder, “The Calendar of Sabbatical Cycles during the Second Temple and the Early Rabbinic Period”, en *Hebrew Union College Annual* (Cincinnati), XLIV, 1973, pp. 153-196.

para el centenario de la fundación de Roma, con cuyo motivo Horacio escribió su *Carmen Saeculare*, y con otras conmemoraciones semejantes.⁸ Sólo cuando el reconocimiento de las eras condujo a una estructura conexas y universal de números, se hizo posible fijar celebraciones predecibles del tipo que llamamos aniversarios. No ha de extrañar que la primera de estas celebraciones de que se tiene constancia esté asociada al mandato bíblico del jubileo que, a su vez, resulta de un error de traducción del hebreo original. Como se recordará, el Antiguo Testamento habla de la “trompeta del júbilo” que proclama el inicio de las celebraciones. La palabra hebrea para la trompeta hecha de cuerno de carnero es *yobel*, lo que se tradujo como *jubilatio* en latín y, de ahí, *jubileo*.

En 1300, el papa Bonifacio VIII anunció el primer “año de jubileo” de la Iglesia católica, en parte porque había oído que un siglo antes había tenido lugar esta misma celebración. La afluencia de peregrinos en éste y los siguientes “jubileos” sugirió la conveniencia de celebrar la conmemoración con mayor frecuencia. Primero, se situó cada 50 años, luego cada 33, hasta que Pío II decretó que cada 25 años se conmemoraría un año santo. Sin embargo, la primera celebración centenaria parece haber sido impulsada por los protestantes, probablemente a imitación de la costumbre papal. Tal fue el centenario de la Reforma de 1517, celebrado en Alemania en 1617 como atestiguan las monedas acuñadas como homenaje. Los católicos imitaron pronto esta práctica. Los jesuitas publicaron un suntuoso libro con emblemas titulado *Imago Primi Saeculi Societatis Iesu*, para conmemorar su centenario en 1640. Todos estos ejemplos confirman que tales celebraciones se vinculaban originalmente a la vida de cada comunidad. Lo que se conmemoraba era la propia historia. Así, en la Florencia del siglo XV, el bicentenario (probable) del nacimiento de Dante se conmemoró por la especial importancia que para los florentinos tenía honrar públicamente a su excelso poeta, al que habían desterrado. En 1465 se decidió encargar a Domenico Michelino que reemplazara las primeras pinturas de la catedral con el retrato de Dante que sigue expuesto allí hasta la actualidad.⁹

La creciente popularidad del hábito de contar los siglos parece proceder de la enseñanza de la historia en las escuelas. Lo cierto es que hacia 1700 se había hecho universal.¹⁰ Desde esa

Así, en la Florencia del siglo XV, el bicentenario (probable) del nacimiento de Dante se conmemoró por la especial importancia que para los florentinos tenía honrar públicamente a su excelso poeta, al que habían desterrado.

⁸ Véase M. Bernhardt, *Handbuch zur römischen Münzkunde*, Halle, 1926, pp. 75 y 76 ff.

⁹ Para reproducción e información véase C. Marchisio, *Monumento pittorico a Dante in Santa Maria dei Fiore*, Roma, F. Palombi, 1956.

¹⁰ J. Burckhardt, *Die Entstehung der Jahrhundertrechnung Ursprung and Ausbildung einer historiographischen von Faccius bis Ranke*, Göppingen, 1971. Véanse también A. Wirchi-Benz (revisión de R. Landfester), *Historia Magis-*

Según el Oxford English Dictionary, el término “centenario” se usó en Inglaterra por primera vez en sentido moderno en 1788, cuando se aplicó a la celebración política conmemorativa de la “Gloriosa Revolución de 1688”.

fecha abundan las celebraciones de centenarios. En cualquier caso, en 1706 la Universidad de Francfort del Oder celebró su centenario en presencia del rey de Prusia.¹¹ El primer centenario del que tengo noticia con el que se honró a un filósofo fue el discurso conmemorativo pronunciado en latín en 1746 por Johann Christian Gottsched en la Universidad de Leipzig para recordar los cien años transcurridos desde el nacimiento de Leibniz. En 1728 se publicó en Goslar un volumen conmemorativo en honor del artista Alberto Durero, “exactamente en el momento en que se cumplían 200 años desde que abandonara este mundo”. Tales fueron los antecedentes de una procesión de actos que se haría interminable.

Sorprendentemente, la primera celebración a gran escala de un personaje famoso a la que se asoció específicamente la categoría de “jubileo” no estuvo vinculada a ningún número redondo. Estoy pensando en el gran “Jubileo de Shakespeare” que tuvo lugar en Stratford-upon-Avon en 1769, organizado por el actor David Garrick. Ya entonces se manifestaron muchas de las características menos saludables de las conmemoraciones de este tipo, como el bombo publicitario, la cursilería y el ventajismo comercial. Como ya he dicho, la fecha se eligió al azar: la idea del jubileo surgió de un proyecto de levantar una estatua a Shakespeare, y en recompensa a sus esfuerzos se concedió a Garrick la libertad de Stratford. Haendel fue, tal vez, el primer compositor cuyo centenario fue conmemorado, en Inglaterra en 1785, aunque de forma más natural por el hecho de que su música seguía siendo regularmente interpretada después de su muerte.¹²

Según el *Oxford English Dictionary*, el término “centenario” se usó en Inglaterra por primera vez en sentido moderno en 1788, cuando se aplicó a la celebración política conmemorativa de la “Gloriosa Revolución de 1688”. Conmemoraciones de este tipo dieron a la enaltecida conciencia nacional de Italia y Alemania una oportunidad muy bien recibida de potenciar su espíritu de comunidad. Cuando la Academia de las Artes de Berlín organizó un homenaje público y secular a Rafael en 1820, antes decidió conmemorar el aniversario de la muerte de Durero con no menos brillantez. De hecho, el jubileo de Durero de 1828 se convirtió en una celebración nacional del romanticismo alemán. Aunque quedó oscurecido por el magno centenario de Schiller de 1859, que produjo auténticas orgías de retórica de la patria.

tra Vitae y J. Burckhardt, “Die Entstehung der modernen Jahrhundertrechnung...”, en *History and Theory*, XIII, núm. 2, 1974, pp. 181-189.

¹¹ J. H. Monk, *The Life of Richard Bentley*, D. D. Londres, 1833, p. 191.

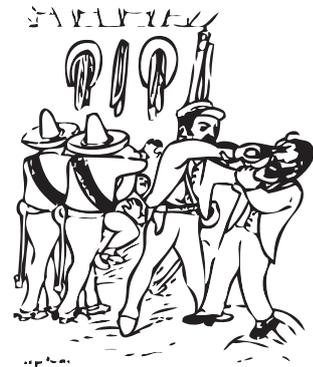
¹² Dr. Burney, *An Account of the Musical Performance... in Commemoration of Handel*, [s.i.], 1785.

Ni que decir tiene que las casas gobernantes también utilizaban sus derechos hereditarios para mantener el sometimiento de sus súbditos con aniversarios y celebraciones familiares.¹³ Mi madre, que nació en 1873, recordaba hasta en su vejez la magnífica procesión que escenificó en Viena el pintor Makart para celebrar las bodas de plata del emperador y la emperatriz en 1879. El cincuenta aniversario de la reina Victoria, de 1887, aún perdura en la memoria viva del pueblo. Con un fino sentido de la ironía, Robert Musil construyó su novela *El hombre sin atributos* en torno a los fútiles intentos de organizar una celebración dinástica de esta naturaleza, en este caso un hipotético 70 aniversario en 1918 del ascenso al poder del “Emperador de la Paz”, Francisco José, que fue eclipsado por las celebraciones ese mismo año del 30 aniversario de la entronización del káiser Guillermo II.

No parece muy difícil seguir el hilo que conduce desde aquellos tiempos a nuestra situación presente, donde los calendarios y almanaques de cada nuevo año nos garantizan que no perderemos ninguna ocasión de celebrar aniversarios.¹⁴ Editores y organizadores de exposiciones, productores de radio y televisión, por no mencionar a la industria turística, agradecen enormemente esta ayuda para la planificación de sus programas. Hace poco recibí una invitación del Instituto de Cultura Polaca de Londres para asistir a una exposición del centenario del primer cartel cinematográfico de Polonia. Los factores socioeconómicos que nos han llevado a estos excesos son evidentes. Pero existen también razones más profundas para explicar el constante aumento del número de aniversarios. En estos tiempos de cambios tan rápidos por el progreso tecnológico es muy fácil olvidarse del pasado. Los signos que acostumbraban a perpetuar esta peligrosa tendencia a la “memorialización” han demostrado escasa eficacia. Hoy paseamos o conducimos nuestros automóviles por numerosas plazas donde se alzan estatuas de hombres y mujeres ilustres sin leer o advertir siquiera sus inscripciones. Muchos de los lugares sagrados conmemorativos de hechos míticos o religiosos parecen haber tenido mejor suerte, y aún atraen a multitud de peregrinos. En términos seculares, se han convertido en “visitas” renombradas para turistas que gustan de oír que tal casa o, al menos tal lugar, está exactamente tal y como lo dejó alguien célebre, como si allí el tiempo se hubiera detenido. Sólo un aniversario es capaz de transmitir a una

¹³ Véase la colección de E. Brix y H. Steckl, *Der Kampf um das Gedächtnis Öffentliche Gedenktage in Mitteleuropa*, Viena, 1997.

¹⁴ Por ejemplo, el editor Deike de Kreuzlingen prometió incluir en sus almanaques más de 1600 aniversarios de nacimientos, muertes y otras fechas significativas.



comunidad de gente que comparte unas mismas ideas la certeza de que existen logros y sucesos que desafían a la mortalidad, como había esperado Horacio con tanta razón. Pues su obra pertenece a la civilización, a la “cultura universal” que hunde conscientemente sus raíces en el pasado. Como consecuencia, el aniversario, a diferencia de una celebración ritual, no niega en modo alguno el transcurso lineal del tiempo. Puede también apercibirnos de la distancia que nos separa del hecho celebrado, que no debe perderse en la memoria. Cien años después de su muerte, la filosofía de Cassirer nos sigue conmoviendo. Ahora me gustaría cerrar este discurso con una expresión inglesa intraducible, que combina alegremente las concepciones del tiempo cíclico y lineal: “Many happy returns of the day”.

Memorias en proceso América Latina, siglos XVI-XX

François-Xavier Guerra

Este texto es la introducción al libro *Mémoires en devenir. Amérique latine XVI^e-XX^e siècle. Colloque international de Paris, 1^{er}-3 décembre 1992*. Édition préparée sous la responsabilité de François-Xavier Guerra, Bordeaux, Maison des Pays Ibériques, 1994, pp. 9-27. François-Xavier Guerra (1942-2002) nació en Vigo, España, pero estudió en Francia y se naturalizó francés. Su tesis de doctorado en historia la dedicó a la Revolución mexicana (*Le Mexique: de l'Ancien régime à la Révolution*, publicada en 1985), abriéndola a las ideas revisionistas de François Furet que permitieron repensar la Revolución francesa (*Penser la Révolution française*, de 1978), más bien cuestionarla a fondo, en los años que antecedieron a la anunciada conmemoración estatal de su Bicentenario en 1989. A lo largo de su lamentablemente breve pero muy fértil vida académica como profesor en la